

# Origen y desarrollo del catecumenado (II)

José Rico Pavés  
Obispo Auxiliar de Getafe

## Buscando las fuentes patrísticas del RICA

Para evitar la impresión de «arqueologismo», tal como sucedió a algunos miembros del *Consilium* al recibir el primer esquema del futuro OICA presentado por el relator del *coetus* XXII, es fundamental familiarizarse con los testimonios de la Sagrada Tradición que están en el origen de la restauración del catecumenado de iniciación estructurado en etapas. Tal es el objetivo de esta segunda parte, en la que se muestran resumidos los principales documentos de la antigüedad cristiana, obtenidos después de haber estado *buscando las fuentes patrísticas del RICA*.

En los primeros siglos de la Iglesia la iniciación cristiana se realizaba de manera progresiva, combinando palabra y celebración, desembocando en los sacramentos del bautismo, confirmación y eucaristía administrados en una única celebración. Con el tiempo, debido a factores diversos, los tres sacramentos se fueron administrando en celebraciones separadas, llegándose incluso a alterar el orden. Es frecuente presentar el origen y desarrollo del itinerario de la iniciación cristiana en cinco etapas, atendiendo principalmente a la estructura y disposición ordenada de los sacramentos y de los ritos que los acompañan<sup>1</sup>: la época apostólica, que

<sup>1</sup> Cf. A. HAMMAN, *El bautismo y la confirmación*, Herder, Barcelona 41982, 23-173; V. SAXER, *Les rites de l'initiation chrétienne du II au VI siècle. Esquisse historique et signification d'après leurs principaux témoins*, Fondazione CISAM, Spoleto 21992; M. AUGÉ, *Liturgia. Historia. Celebración. Teología. Espiritualidad*, CPL, Barcelona 1995, 85-88; C. ELORRIAGA, *Bautismo y catecumenado en la tradición patrística y litúrgica. Una selección de textos*, Grafite Ediciones, Baracaldo 1998 [= Elorriga]; I. OÑATIBIA, *Bautismo y confirmación*, BAC, Madrid 2000, 15-98; P.F. BRADSHAW, *The Search for the Origins of Christian Worship*, Oxford University Press, Oxford 22002, 144-170; J. RICO PAVÉS, *Los Sacramentos de la Iniciación cristiana*, Instituto Teológico San Ildefonso, Toledo 2006, 61-396; B.D. SPINKS, *Early and Medieval Rituals and Theologies of Baptism. From the New Testament to the Council of Trent*, Ashgate, Farnham 2006; ID., *Reformation and Modern Rituals and Theologies of Baptism. From Luther to Contemporary Practices*, Farnham 2006; M.E. JOHNSON, *The Rites of Christian Initiation. Their evolution and interpretation*, Liturgical Press, Minnesota 22007; P.L. GAVRILYUK, *Histoire du catéchuménat dans l'Église ancienne*, Cerf, Paris 2007; E. FERGUSON, *Baptism in the Early Church. History, Theology and Liturgy in the First Five Centuries*, Eerdmans Publishing, Michigan 2009; M. AUGÉ, *L'Iniziazione cristiana. Battesimo e Confermazione*, Libreria Ateneo Salesiano (LAS), Roma 2010, 29-161; J. FONTBONA, *Los sacramentos de la iniciación cristiana*, CPL, Barcelona 2014, 39-265.

pone los fundamentos a partir de las acciones salvíficas de Cristo vividas desde su misterio pascual; el periodo que va del siglo II al V, en que cristaliza la «forma típica» del catecumenado por etapas integrando los ritos que conducen a los sacramentos de iniciación; el periodo del siglo VI al X, donde se percibe la creciente desestructuración del catecumenado; la etapa del siglo X hasta el siglo XX, donde la iniciación se ubica en una misión evangelizadora identificada con la implantación de la Iglesia; y la etapa de restauración del catecumenado, iniciada con el Concilio Vaticano II. Estas cinco etapas pueden agruparse en dos, para percibir mejor el lugar que ocupa la transmisión de la fe en la vida de la Iglesia: el primer milenio cristiano, caracterizado por el origen, desarrollo, cima y debilitamiento del catecumenado; el segundo milenio, con diferencias en oriente y occidente, caracterizado por el nacimiento, desarrollo, cima y debilitamiento de la sociedad cristiana, dentro de la cual se integra la transmisión de la fe. La entrada de la Iglesia en el tercer milenio, apenas iniciada, se realiza desde la conciencia de la necesidad de una nueva evangelización, en la que la restauración del catecumenado por etapas ha de jugar un papel determinante.

A la hora de cumplir el mandato conciliar de restaurar el catecumenado, la mirada se dirigió al primer milenio, cuya huella siguió presente en los textos litúrgicos durante el segundo milenio, si bien acomodados a un esquema no catecumenal. En esta segunda parte de nuestro estudio fijaremos la atención en el primer milenio, centrándonos en los testimonios iniciales de la época apostólica, en los más importantes de los siglos II al V (periodo principal para nuestro propósito) y en algunos testimonios posteriores, centrados sobre todo en la literatura hispana visigótica.

## 1. La época apostólica

Aunque en el NT no existe propiamente el lenguaje de la iniciación, la primera predicación cristiana expresa ya la idea de un proceso que implica pasar de la muerte a la vida. En el principio, medio y fin de ese proceso se encuentra el encuentro con Jesucristo resucitado y la participación en su misterio pascual.

En realidad, la comprensión de la iniciación como *proceso* tiene su origen en las palabras y en las acciones del mismo Cristo. A Nicodemo Jesús le anuncia que para entrar en el Reino de Dios es necesario «nacer de nuevo», es decir, nacer «de agua y de Espíritu» (cf. *Jn* 3, 3-5), lo cual implica creer que Él es el Hijo enviado por el Padre para que el mundo

se salve por Él (cf. *Jn 3*, 13-21). Las acciones salvíficas actualizadas en los sacramentos encontrarán en las palabras y hechos de Jesús su justificación. Los evangelios recogen estas palabras y obras ofreciéndonos los fundamentos de las catequesis sacramentales.

El *signo de Jonás* (cf. *Mt 12*, 38-41; *Lc 11*, 24-26.29-32) es signo bautismal por ser figura de la muerte y resurrección de Cristo. Es el mismo Señor el que pone en relación su muerte y resurrección con lo sucedido a Jonás. No se dará otro signo –signo por antonomasia– fuera del Misterio Pascual, realidad de la que recibe su eficacia cualquier otro signo o símbolo (sacramental).

En el *diálogo de Jesús con la samaritana* (cf. *Jn 4*, 1-42) se entrelazan cuatro temas, articulados unitariamente desde la perspectiva bautismal: i) el «don de Dios»; ii) el «agua viva»; iii) el culto; y, iv) y la comunicación del don recibido. La riqueza catequética del relato se descubre a partir del desarrollo de estos temas. El *agua viva* se presenta como un símbolo rico de significados: Cristo, dador del agua viva; el agua, símbolo del Espíritu; el agua, símbolo de la fe. El diálogo con Cristo permite pasar de la frustración personal, al descubrimiento de la propia vocación y al reconocimiento gozoso de Jesús que culmina en la fe y en la misión. «Beber» el agua viva que Cristo da, significa creer en Él y adorar al Padre en Espíritu y en verdad.

La *curación del paralítico en la piscina de Betesda* (cf. *Jn 5*, 1-18) presenta de nuevo el agua y el Espíritu como principios de vida. La salud no se alcanza por estar en un lugar determinado o por realizar unas prácticas rituales, sino por el poder de Jesús. El milagro revela, desde la perspectiva bautismal, que el bautismo es sacramento del perdón.

La *curación del ciego de nacimiento* (cf. *Jn 9*, 11-39) permite mostrar el encuentro con Cristo como un proceso de «iluminación». Esta iluminación contiene elementos propios: i) la luz es Cristo; ii) la iluminación bautismal es la fe; iii) la iluminación bautismal es la justificación, es decir, la salvación mesiánica. La salvación se recibe mediante la fe sellada con el Bautismo.

El testimonio del evangelista san Juan sobre *el costado abierto de Cristo en la cruz* (cf. *Jn 19*, 31-37) revela un dato fundamental: toda la economía sacramental encuentra su origen fontal en el costado traspasado del Redentor. El «tanto amó Dios al mundo» que lleva al Hijo Unigénito a la muerte y resurrección, se prolonga ahora en el tiempo de la Iglesia mediante los sacramentos. Toda la realidad sacramental, y de forma especial el bautismo y la eucaristía, recibe su eficacia de la

muerte redentora de Cristo. Su costado abierto es el manantial del que brotan torrentes de agua viva.

Desde el día de Pentecostés la Iglesia ha llevado a cumplimiento el mandato evangelizador y bautismal de Cristo<sup>2</sup>. San Pedro declara a la multitud conmovida por su predicación: *Convertíos y sea bautizado cada uno de vosotros en el nombre de Jesús, el Mesías, para perdón de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo (Hch 2, 38)*. Poco antes de la ascensión, había sido el mismo Cristo el que anunciaba el bautismo en el Espíritu, señalando la diferencia con el bautismo de Juan el Bautista: *Juan bautizó con agua, pero vosotros seréis bautizados con Espíritu Santo dentro de no muchos días (Hch 1, 5)*.

Los apóstoles y sus colaboradores ofrecen el bautismo a quien crea en Jesús: judíos, hombres temerosos de Dios, paganos (cf. *Hch 2, 41; 8, 12-13; 10, 48; 16, 15*). La práctica bautismal recorre todo el libro de los Hechos de los Apóstoles, y, aunque los testimonios no permiten descubrir normas apostólicas detalladas sobre el modo de cumplir el mandato misionero y bautismal de Jesucristo<sup>3</sup>, sí encontramos en ellos los elementos esenciales del proceso de iniciación. El día de Pentecostés, el bautismo aparece como la conclusión de un proceso de conversión tras la acogida de la Palabra de Dios y de la aceptación de Cristo muerto y resucitado (cf. *Hch 2, 38-41*). Felipe desarrolla el ministerio apostólico bautizando en Samaría (cf. *Hch 8, 4-17*) hasta que es llevado junto al eunuco etíope, cuyo proceso de conversión se describe como un llegar a comprender que las promesas de las Escrituras se cumplen en Jesús de Nazaret, de quien recibe la salvación al ser bautizado (cf. *Hch 8, 26-39*). La conversión de san Pablo se realiza mediante un encuentro inesperado con Cristo, que le lleva a experimentar la acogida maternal de la Iglesia naciente hasta que recibe el bautismo y se incorpora a su misión (cf. *Hch 9, 1-19; 22, 6-18; 26, 9-18*). El relato del bautismo de Cornelio y de su familia, muestra el primer bautismo de paganos (*Hch 10, 44-47*), al que sigue el bautismo de Lidia y de su familia en Filipos (cf. *Hch 16, 12-15*), donde también es bautizado el carcelero. El bautismo aparece siempre ligado a la fe: *Cree en el Señor Jesús y te salvarás tú y tu familia*, declara san Pablo a su carcelero en Filipos. El relato continúa: *y se bautizó en seguida con todos los suyos (Hch 16, 31. 33)*. Se refiere, en fin, el bautismo de los primeros creyentes en Corinto (cf. *Hch 18, 2-8*) y de un grupo de dis-

---

<sup>2</sup> Cf. E. FERGUSON, *Baptism in the Early Church*, 166-185; M.E. JOHNSON, *The Rites of Christian Initiation*, 23-40.

<sup>3</sup> Cf. G. KRETSCHMAR, «Recent Research on Christian Initiation», en M.E. JOHNSON (ED.), *Living Water, Sealing Spirit: Readings on Christian Initiation*, Liturgical Press, Minnesota 1995, 33.